

Belén Peralta

Casas que pasan — cuando te —

enamoras

por
internet

ella + él = muchos



- Belén Peralta -

**Cosas que pasan cuando te enamoras por
internet
(Ella + él = muchos)**

MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

© Belén Peralta

Diseño portada y cubierta: Santiago González Prieto

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

AGRADECIMIENTOS Y CARIÑOS

Quiero darle las gracias con estas líneas a mi familia y especialmente a mi madre, Concha, una estrella más en el cielo desde marzo de 2010, así como a mis hermanos, y a mi padre, mi abuelo, mi tío Germán y todos aquellos, tan queridos, que nos dejaron.

A Javier Salinas, mi editor, por su apoyo y la confianza depositada en mí para escribir este libro, y por compartir con-migo dos grandes pasiones: el cine y la música.

A los amigos y familiares que he tenido al lado en los momentos buenos y sobre todo en los malos —no hace falta nombrarlos, ellos saben quiénes son—. Palma Medina y Charo Sánchez Cubelo, no tengo palabras para agradecerlos tanto.

A ti, tan fan de Mecano como yo, por levantarme más de una sonrisa en los momentos duros.

A todos mis lectores por su enorme cariño y apoyo incondicional.

A las grandes heroínas que aparecen en mi libro y que han ido construyendo la Historia, real y ficticia, trocito a trocito.

A una de mis pasiones desde niña, esa fábrica de sueños maravillosa que es el cine y que alimenta las ilusiones de tantas personas, entre ellas, yo misma.

Y por supuesto a mis hijos Javier y Laura, por ser los motores de mi vida. Os quiero.

Cuando terminó el largo abrazo, un aroma espeso, de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

Eduardo Galeano

Partiendo de cero: los dos

Los lienzos perfectos

Vamos a atrevernos.

Pintemos nuestras almas de mil colores,
de ilusión las brochas embadurnadas,
y naveguemos en ríos de risas cristalinas,
de esas que llegan al anochecer y al alba.

Tracemos las líneas de nuestra historia
con los pinceles del recuerdo.

Que no quede ningún hueco por cubrir
en los cuerpos, hoy hechos lienzos.

Que tus manos sean mi marco,
y yo tu cuadro perfecto;
dibújame con el esbozo
de un querer bello y eterno.

Cero

Nosotros

Ella: *Desde el día en que decidí que no iba a volver a llamarle ni a mandarle un mensaje... no paro de mirar el móvil.*

Él: *Desde el día en que decidí que no iba a volver a llamarle ni a mandarle un mensaje... no paro de mirar el móvil.*

Primera parte: ella

Desnúdame por dentro

Atrévete a imaginarme y dime qué ves.
No te quedes sólo en mi cara, en mis ojos;
no te fijes sólo en mis pechos, en mi piel.

Desnúdame por dentro y hazme tuya,
lánzame sin pensar mil preguntas,
regálame el torbellino de tus dudas.
No tengas miedo y sé valiente,
con ese valor de los soldados jóvenes,

los que se apuntan, inconscientes, al combate,
y, cuando están muriendo, llaman a sus madres.

No temas zambullirte en mí,
que cada pregunta tenga su respuesta,
sumérgete en mi bilis, en mi sangre,
que lo contestado sea para ti una certeza.

Anda, no te quedes con las dudas,
háblame de aquello que siempre quisiste,
y, si te quedas sin pregunta alguna,
trenza con el mío tu amor cercano y hondo,

haz de mi pecho calmada laguna
y, así, callado, enrédate para siempre en el fondo.

Uno

Cómo nos conocimos

Me hace mucha gracia comprobar cómo van cambiando las costumbres a lo largo de los años. Bien, en realidad se trata no de algo gracioso, sino lógico, ya que, a medida que transcurre el tiempo, vamos evolucionando y menos mal que es así. Si no, yo me vería aún arrastrada por el suelo, y él tirándome de mi larga melena para llevarme hasta su cueva. Entre otros ejemplos.

No hay más que comparar las distintas formas de conocerse que tenían nuestros padres o abuelos y las que tenemos hoy en día. Por cultura, por costumbres sociales... en definitiva, por diferentes causas, resulta curioso que algo que es lo más natural del mundo, como es establecer una relación y formar pareja puede ir desde lo más rutinario y cotidiano a la cosa más extrañísima. Esto fue, casi, lo que me pasó a mí.

Hoy en día no resulta raro que una pareja surja a través de internet. De hecho, ¿quién de vosotros no tiene una prima, cuñada, amiga, amante, que no haya conocido a alguien mediante este medio? —bueno, lo de amante, mejor lo quitamos, que no quiero yo malmeterme entre una pare-

ja. Lo que no quiero para mí, no lo deseo para mi vecino, por muy mal que me caiga. Y es que soy demasiado buena en el fondo—.

Yo, como chica joven, soltera, y medianamente atractiva —claro, eso lo dicen quienes no han visto los bollitos de la celulitis en el culete y en los muslos, ni las estrías que amenazan con hundirme cada día un poquito más en la miseria —, salía, entraba, cuando terminaba mi trabajo iba a conciertos y exposiciones... y sobre todo contaba con la “inestimable” ayuda —ahora entenderéis el entrecomillado— de mi mejor amiga, Natalia.

—Laura, de verdad, me preocupas. (¿Desde cuándo no preocupas yo a *mi* Natalia?)

—¿Y eso? ¿Me ves más gorda, más delgada, con alguna peca de aspecto sospechoso en mi cara? —Sabía perfectamente adónde quería llegar.

—No, no. A ver... yo sé que no soportas que toque este tema, pero... bueno...

—Joder, deja de dar tantos rodeos. (Si al final vas a terminar escupiéndolo. Dilo, dilo, **dilo**).

—Bueno, mujer, que no es que quiera ir de celestina, pero ya sabes que no me gusta verte sola.

En fin. Tenía que salir; como el vómito verde de la boca de la niña de *El exorcista*. Igual, igualito.

—Pero Natalia, por Dios. Que no estoy sola. Que tengo a mi familia, mi madre, mis hermanos, mis sobrinos (bueno, cuando se ponen pesaditos, éstos, cuanto más lejos, mejor.); mis compañeros de trabajo (bien, esto es algo parecido a lo de mis sobrinitos)... y sobre todo, te tengo a ti. No me hace falta ningún hombre desde que estuve con Alberto.

Alberto... Antes de que Natalia pudiera abrir la boca, ya me encontraba yo como Yasmin, la amada de *Aladino*, volando sobre una rica alfombra de Damasco, rodeada de cielos azules y nubes de algodón (sí, como los anuncios de las compresas, en las que todo huele a nada). Y es que Alberto, la verdad, me había marcado mucho. Muchísimo. Por supuesto, había tenido novios anteriormente. Novios,

ligues, amigos y amantes. Eran cuatro las grandes categorías que luego se subdividían en *compis*, *colegas*, *amigosales que se le puede contar de todo* —generalmente gays—, o *amigosales que no se le puede contar nada por que largan todo*. Hay mucha variedad en la viña del Señor, en este caso en mi viña. Y yo era feliz así. Hasta que conocí a Alberto en la Facultad. Mientras estudiaba Periodismo, apareció un día en mi vida como un teletipo inesperado, como una noticia dichosa, parecida a cuando nos enteramos de que nuestro cantante favorito va a dar un concierto en la ciudad.

Natalia me bajó de sopetón de la alfombra. Menudo costalazo. Yasmin a la porra. Perdido todo el glamour.

—Oye, no es por nada, habrás olvidado a Alberto... pero hija, qué quieres que te diga. Cada vez que lo nombras o piensas en él, se te pone una cara de merengue que no se puede aguantar. Chorreas azúcar.

Chorreas azúcar. Era una de las expresiones favoritas de la que hasta ese momento sería mi mejor amiga, si no me hubiera puesto en evidencia. Y es que la habría asesinado, descuartizado, y tirado los cachitos a cualquier bicho del zoo. Sí, es cierto que se me caía la baba recordando a mi exnovio, pero tampoco era cuestión de que me lo echara en cara. Si al fin y al cabo a ella le pasaba lo mismo. Y a Lucía, una de mis hermanas, y a Charo, una de mis compis del gimnasio, con la que rivalizaba a ver si era capaz de aguantar en el *step* más que yo. Y seguro que si cogía por azar a cualquier mujer del brazo en cualquier ciudad de cualquier país del mundo, si guardaba un buen recuerdo de su ex se le pondría la misma cara de bobita que se me había puesto a mí. Y sin chorrear azúcar.

—Pero tú qué sabrás, guapa, chorreando azúcar... Si ya pasó mi etapa de estar detrás de Alberto.

Ayyyyyy... qué trabajo me costaba mentir a mi mejor amiga —ya volvía a serlo, claro está, Natalia lo sería hasta la muerte—. Recompuse sus trocitos de carne y la miré con ternura. Natalia sabía lo que yo pensaba con sólo echar un vistazo. Sabía qué pensaba, qué sentimientos tenía, lo que iba o no a decir... Natalia era como unos inquietantes rayos

x. Me hubiera encantado envolverme en una cápsula de plomo para no ser desnudada en mi interior en ese momento, como sabía que Nata hacía inconscientemente.

—Eso no te lo crees ni tú. Es verdad que parece que poco a poco se va diluyendo, pero... él todavía te gusta y no puedes olvidar lo que pasó.

Lo que pasó. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo olvidar que una noche de verano, una magnífica y calurosa noche, en la que yo me peleaba con una gota de sudor que caía por mi nariz, así, sin anestesia, Alberto me soltó que ya no podíamos seguir juntos? Hasta la molesta gota me pareció que se quedó parada de la impresión. No, más bien lo achaco a que me quedé helada y la gotita se negó a seguir bajando hasta su destino: la punta de mi nariz. Se congeló en el camino, igual que en ese momento se me heló el corazón. No podía creer que era Alberto, *mi Alberto* el que me hablaba, el que observaba sorprendido cómo una gota de sudor que perlaba mi nariz podía quedarse tan tiesa como una momia.

Si en ese momento me pinchan, no me sacan ni sangre, ni nada de nada.

—Pero... ¿a qué viene esto, Alberto? ¿Qué es lo que pasa aquí?

Debí imaginarme en ese momento que “aquí” se llamaba en realidad Andrea, medía diez centímetros más que yo, y tenía diez menos que yo de caderas. Andrea. “Alberto y Andrea, ¿queréis estar unidos en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que otra Andrea con diez centímetros más de altura os separe?”. Yo ya me los imaginaba casándose, con una impresionante lluvia de pétalos a la salida de la iglesia, como anticipo de los cinco hijos que probablemente tendrían, todos rubísimos y con los ojos azules, como los chiquitines de cualquier estrella de cine.

Recompongamos ideas: la gota de sudor que se había quedado expectante casi en la punta de mi nariz, Alberto mirando a la susodicha gota con cara de bobo, y una ficticia lluvia de pétalos cayendo sobre los novios. Repito que

en ese momento yo ni sabía que existía la tal Andrea... pero poco faltó para confirmarlo. Al menos, eso creí.

—Cariño, verás, yo... todavía te quiero, pe...

No le dejé terminar.

—Todavía me quieres... pero has conocido a otra chica con la que piensas que serás más feliz que conmigo. ¿Es guapa? ¿Es inteligente? ¿Hace que te olvides de mí en la cama? (Ay, esa pregunta entraba en la categoría de las de "nunca debiste decir eso porque pareces muerta de celos". Pero qué narices. Es que era así. Me *moría* de celos en ese momento. Y todavía me corroe un gusanillo por dentro cuando hablo de él, o lo imagino con alguien. Alguien es una chica, por supuesto. El género masculino no cuenta: amigos, amigotes, compañeros de trabajo o los compis del partidillo de los sábados).

Ahora llegaba el momento. Sí, como en las películas, como en *Johnny Guitar*, en ese instante sublime en que Joan Crawford, con una inolvidable y a la vez chirriante camisa amarilla adornada con un pañuelo rojo al cuello, pedía, suplicaba, a su amante que la quisiera, aunque fuera mentira. Ahí estaba yo, Laura Crawford, con ojillos de borrego, suplicante como Joan, sintiéndome igual de arrugada que David el Gnomo después de haber sido centrifugado por error en la lavadora de Lisa (ah, pero... ¿tenían lavadora los gnomos? Bueno, qué más daba en ese momento).

Volvamos a la película. Una película que se estaba desarrollando en tiempo real y, que, para mi desgracia, se iba a convertir en un camino sin retorno. No al menos con Alberto.

—Déjame terminar. Todavía te quiero, pero...

Andrea. Andrea. Lo sabía. Seguro que era un clon de Miranda Kerr; perfecta, rubia, alta, tan espigada ella que las niñas de ciertas tiendas de ropa no la mirarían con desprecio al entrar al establecimiento, como, desgraciadamente, ocurre en muchas ocasiones.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tiene Andrea que no tenga yo?